

CARTA PASTORAL NÚMERO 15

El término moral significa hacer el bien para agradar a Dios. La moral católica enseña a hacer el bien (individual, familiar y social), siguiendo el Evangelio y las sanas tradiciones.

En la primera mitad del siglo XX, después de la revolución rusa (1917), se expandió por el mundo la religión roja, que es totalmente atea y amoral y promueve la rebelión de las masas contra el orden establecido por Dios en la sociedad y en la familia. Esto dio como resultado un mundo corrupto y anárquico que monseñor Builes denuncia en esta pastoral, cuando Colombia empezaba a sufrir la invación socialista.

2 de febrero de 1932

LA REBELIÓN-LA INMORALIDAD

Monseñor Miguel Ángel Builes

Obispo de Santa Rosa de Osos

En la pastoral de Cuaresma del año de 1926, os hemos hablado del peligro socialista que, comenzando en Rusia, se venía extendiendo de manera alarmante por todo el mundo, sembrando el ateísmo, la irreligión y el exterminio, y preparando días de horrible dolor para la humanidad entera, que en este momento se contrae en México y España martirizados, en los países amarillos y en las naciones hispanoamericanas, que hierven en continuas revoluciones. Todo esto nos está mostrando el progreso lento pero seguro de esta bestia apocalíptica que se llama socialismo bolchevique, tormentoso y terrible, que presagia mayores males. Y en nuestra amada patria no ha caído la fatal semilla en campo ingrato; al contrario, es tierra muy fértil para tan malas yerbas, pues el socialismo en acción va abriendo hondo surco, la irreligión cunde, la rebeldía se entroniza, las costumbres se depravan día por día de manera pavorosa, el crimen de Caín se repite hora por hora, porque la caridad fraterna se ha volado al paraíso; y, contra el mundo pervertido, duro de corazón y ciego de espíritu como la ingrata Jerusalén, flamea en los cielos, con el fulgor centelleante del rayo, la espada de la cólera de Dios, irritado por tantos crímenes como se cometan en el mundo y en nuestra católica Colombia, a la que envuelve también el turbión atropellado de concupiscencias y de crímenes.



Este olvido y desprecio de Dios, que cunde por todas partes, es ya un principio de los castigos del cielo, pues escrito está que Dios deja a los que le abandonan y enloquece a los que quieren perderse y nuestra patria y el mundo todo están tocados de insensatez.

- I -

El impío dijo en su corazón: no hay Dios; y al punto se corrompieron sus caminos y se hicieron abominables sus senderos. Porque al impío no le conviene que Dios exista y dé leyes y señale una sanción a la violación de estas; por eso el impío niega a Dios y se entra por los caminos de la corrupción y por los senderos de la iniquidad. Una inundación de libros malos, entre ellos innumerables obras de propaganda comunista y soviética, viene minando el trono sobre el cual se sienta la Divinidad para levantar después, sobre las ruinas del imperio de Dios, el trono de Satán y el altar de sus abominaciones, ante los cuales empieza ya a doblar su rodilla la humanidad paganizada. Desde Rusia, donde hace apenas dos lustros se oyó el clamor nefando de rebelión, como un eco de aquel grito satánico de *non serviam*, pronunciado por Lucifer en los cielos, ha venido repercutiendo por todas las naciones del mundo esa misma palabra: *no obedeceré*, y aquella otra más horrible todavía: *In coelum concendam*. "Al cielo voy a subir, por encima de las estrellas divinas voy a establecer mi trono; me sentaré en el Monte de los dioses" (Isaías 14, 13) y abatiré a Dios y Dios se acabará y reinaré yo en su lugar... Blasfemia horrible que están repitiendo hoy hasta los hijos del pueblo. Como en el siglo pasado, Voltaire blasfemaba: "Aplastad al infame" y Gabriel Mollín repetía: "Derribemos a Dios", y Viardot guturaba (sic): "Borremos a Dios", asimismo oímos ahora, aun en nuestras cristianas poblaciones y frente a nuestras casas, como ha sucedido a nos mismo, frente a nuestro palacio, y como en ocasión solemne lo gritó un maestro de escuela, blasfemias como estas: "Viva el partido liberal ateo". Frase diabólica que se va volviendo en Colombia lugar común, pero que expresa bien el veneno infernal de odio de Dios y de anhelo por que se destruya su reino soberano, eterno.

¿Ignorarán por ventura nuestros amados hijos lo que es el ateísmo? Ateísmo es la negación de Dios en la teoría o en la práctica, es el rechazo de su religión y de su culto, es la destrucción de sus templos y sus altares, es la entronización de Satanás, es el grito de rabia de la humanidad enloquecida y satanizada: no hay Dios. Sí; el alma colectiva de la humanidad hervé en odio de Dios como en el seno del volcán las destructoras lavas y materias incandescentes rugen furiosas y convulsas bajo la tierra buscando una salida. ¿Estarán cercanos tal vez los trastornos que en páginas de tragedia nos describe el evangelista san Juan en el *Apocalipsis*?

- II -

Y lo que se hace contra Dios no es extraño que se haga contra los superiores. Es un espíritu verdaderamente diabólico el que se nota en los hijos para con sus padres, en los inferiores para con los superiores, en los súbditos para con los que mandan. No tenemos que citar ejemplos, pues los padres de familia lo están palpando con sus mismos hijos, altaneros y rebeldes; los superiores ven en sus inferiores un espíritu malo de insurrección y desobediencia; y el principio de autoridad, menguado ya y sin fuerzas, empieza a resignarse impotente, ante las pretensiones soberbias de súbditos que subvierten el orden de las cosas, intentando colocarse en el puesto que ocupan los que mandan. Es el espíritu del primer rebelde que informa esta sociedad actual y la domina.

- III -

A este mal del espíritu hay que agregar el del corazón. Nos hemos imaginado la humanidad actual como un torrente impetuoso que se abalanza, precipitado y ciego, hacia el abismo de una depravación nunca igualada. De ello se queja nuestro santísimo padre Pío XI en su encíclica sobre el matrimonio, cuando flagela sin misericordia los nuevos métodos de profanación del gran sacramento, inventados por la moderna corrupción. Es que el adulterio se ha abierto paso franco y los que juraron fidelidad a su consorte pisotean sin escrúpulo alguno sus juramentos; es que la fornicación y el concubinato, llámeselos o no matrimonio civil, se entronizan y se legalizan contra la divina ordenación; es que la molicie se abre paso con horrible profanación del templo de Dios, que es el cuerpo del cristiano, según aquella expresión de san Pablo: "¿No sabéis que sois templo de Dios?" (1 Corintios 3, 16); es que se multiplican los medios de corrupción por causa de la criminal libertad en que los padres dejan a sus hijos jóvenes e inexpertos, vagando por calles y veredas, expuestos a mil peligros, si no son ellos mismos los que ponen la causa de la ruina moral de aquellos por quienes tienen que responder delante de Dios. Se multiplican los bailes, y a veces qué bailes; joh Dios!, sabiendo como saben nuestros amados hijos que el baile es la escuela de Satanás, donde en breve aprenden las almas a perderse y se pierden en efecto; las casas de corrupción, clubs, cabarets y lenocinios aumentan sin cesar; es una lepra, lepra hedionda de impureza, y la tierra se ha convertido ya en un inmenso leprosorio, cuyos infelices habitadores no se curarán sino con el último abrasador fuego, el fuego de la final conflagración.

Se ha dejado el trabajo por parte de muchos, quienes hacen de los vicios profesión y he ahí el porqué de tantos garitos, galleras y casas de juego, he ahí el porqué de tantos hogares fríos y sin el dulce calor del amor, porque el jugador espera ganar el pan con la suerte o la destreza de su arte maligna, porque el juego es padre de la ira, de las imprecaciones y del despecho: origina las artimañas fraudulentas y arruina los hogares; porque el jugador cambia los puros goces de la familia por las pesadas horas de trasnocho en las casas de juego, contrasta a su esposa y escandaliza a sus hijos.

- IV -

Hora es ya de tocar siquiera este otro mal que se va generalizando de una manera alarmante y es el desprecio de la vida humana. Nos aterra la facilidad con que se comete el crimen horrendo del homicidio, disponiendo el asesino de la vida de sus semejantes con la facilidad con que el cazador asesta el golpe mortal a su víctima. No reflexiona el homicida en que es Dios el único dueño de la vida humana, que el Creador se tomó el cuidado de plasmar con sus propias manos el cuerpo del hombre y luego le infundió ese soplo misterioso que llamamos alma, quedando así constituido el ser más perfecto de la creación, hijo de Dios y hecho a su imagen y semejanza. Es, por consiguiente, una posesión muy querida de Dios y objeto de sus delicias. Y a esa posesión querida de Dios arranca el homicida la existencia, hundiendola quizás en los ardores del infierno el alma de la víctima, sumiendo a sus deudos en un mar de tristeza y de lágrimas y privando a la sociedad de uno de sus miembros. ¿Y los móviles? El odio casi siempre, los rencores, las venganzas, como si Dios no hubiera dicho: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros; que, como yo os he amado" (Juan 13, 34); como si el

Decálogo no dijera expresamente: "No matarás" (Éxodo 20, 13); como si no estuviera escrito: "Perdonad y seréis perdonados" Lucas 6, 37); como si el Señor no hubiera manifestado claramente que a Él solo le tocaba la venganza. *Mihi vindicta!* (cf. Romanos 12, 19). Echamos una ojeada sobre nuestra pobre patria y la hallamos, sobre todo en estos últimos tiempos, empapada en sangre de hermanos que han caído bajo la bala asesina y cuya sangre, como la de Abel, clama a Dios desde la tierra. Es que el odio se campea como amo y señor, puñal en mano, buscando en quien saciar su sed de venganza incontenible.

Pero lo más grave es que no es la vida ajena solamente la que se ataca: es el suicidio el que empieza a difundirse, pero de manera pavorosa, no faltando casos aun en nuestra cristiana Diócesis. ¡Qué cobardía tan inconcebible! Por no soportar una penilla en la tierra, se arrojan a sí mismos los suicidas al infierno. Porque la usurpación de los derechos de Dios a la vida que nos dio en empréstito no tiene sino un efecto momentáneo. El alma es inmortal y Dios recobra sus derechos aplicando su justicia por toda la eternidad contra los violadores.

Se apaga la fe, oh amados fieles, se apaga la fe; y, porque faltan sus resplandores, empiezan a envolvernos las sombras del error y del pecado.

Volvamos sobre nuestros pasos y preocupémonos un poco más de las verdades reveladas, cuyo estudio se va olvidando. Volvamos al catecismo, que nos recuerda nuestros deberes como individuos y como miembros de la sociedad cristiana a que pertenecemos.

Acudamos a la oración, arma bendita que no pueden blandir los que juraron guerra a Cristo, para alcanzar así del cielo la cesación de tantas calamidades que nos azotan y que son el preludio de otras peores. Y, si el santo tiempo de Cuaresma es tiempo de oración y penitencia, hagamos santa violencia al cielo para que se despeje el horizonte de Colombia y se difunda la paz de Cristo en el reino de Cristo.

Esta pastoral será leída en dos domingos consecutivos en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis a la hora de las misas.

Dada en Santa Rosa a 2 de febrero de 1932, día de Nuestra Señora de La Candelaria.

Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos